



Ascensión Mendieta, 80 años.
Elena Ares Modino, 23 años.

Una vida con historia

Ascensión Mendieta Ibarra es una mujer menuda y despierta. Sus ojos encierran tras de sí una historia apasionante llena de tropiezos, injusticias y dificultades. Pero también reflejan la serenidad de una mujer buena a la que la vida le ha enseñado que cada instante, por fugaz que sea, merece la pena disfrutarlo.

Hija de Timoteo Mendieta y de María Ibarra, es la segunda mayor de siete hermanos. Nace el 29 de noviembre de 1925 en Sacedón, una pequeña localidad de Guadalajara, rodeada de pantanos, en el mismo corazón de la Alcarria. Su infancia, como la de muchos niños de la guerra que nacen en el seno de una familia humilde, estará marcada por el hambre, la pobreza y la miseria.

Su padre, Timoteo, carnicero de profesión y afiliado a la UGT, se ve obligado a cerrar el negocio ante los continuos desplantes de vecinos y clientes, que no comprenden sus valores democráticos. Durante el periodo de la contienda, permanece en Guadalajara haciendo la instrucción. Cuando finaliza el conflicto, al escuchar que Franco prometía el perdón para quienes no tuvieran las manos manchadas de sangre, regresa al lado de su familia. Sin embargo, la victoria obtenida por las tropas fascistas no impide el inicio de una implacable represión. La violencia y el terror se constituyen en los ejes fundamentales de una sociedad dividida que no acaba de olvidar el odio. Empieza entonces un difícil camino por la España de Franco.

Miles de personas pasaron por las cárceles franquistas durante el primer año de posguerra. Alguien debió acusar a este padre de familia por un delito de pertenencia al sindicato socialista. Bastó mostrar en público que no comulgaba con el orden establecido para justificar, en abril de 1939, su encarcelamiento y su condena a pena de muerte. El 15 de noviembre de aquel mismo año, su esposa María, que había tenido que trasladarse con sus hijos a Madrid, recibe un telegrama de su hermana que destrozaría su alma para siempre. Inmediatamente, María se traslada a Sacedón, donde se confirman las peores sospechas, los temores más dolorosos. Era la crónica de una muerte anunciada. Timoteo Mendieta Alcalá, esposo y padre de siete niños, había sido fusilado y enterrado en una fosa común en Guadalajara con otros diecinueve disidentes.

Dejaba una familia rota por el dolor. Como otros muchos civiles, su muerte no fue sino consecuencia de un acto vengativo y de las represalias políticas porque no había delitos de sangre por medio. La protagonista tenía entonces 12 años. Hoy tiene ochenta y recordar su infancia todavía provoca en ella lágrimas y silencios emocionados.

El encarcelamiento de Timoteo había forzado a la familia a abandonar su pueblo natal para lanzarse a la búsqueda de un nuevo horizonte en la capital madrileña. Para su esposa, sumida en la miseria, sin dinero, sin trabajo y con siete hijos que sacar adelante, sobrevivir se convertía en una tarea de titanes.

Vivió con su suegra y su cuñado en una pequeña casa del Puente de Vallecas. Compartían todos una minúscula habitación. El más pequeño, que por entonces contaba con apenas once meses, dormía acurrucado entre sábanas en la tapa de un



viejo baúl. No se celebraban cumpleaños ni Navidades porque la pobreza es tan miserable que no entiende de festividades.

Sumida en el dolor y la falta de recursos, María descubre en el comercio clandestino de productos de primera necesidad, el estraperlo, la única escapatoria para alimentar a sus hijos. Pero la vida sacude siempre al más débil y, de camino a Segovia, la Guardia Civil la detiene. Tres mil pesetas de multa a las que no pudo hacer frente y la fatídica casualidad, le llevaron a pasar tres meses en la misma cárcel de la que había salido su marido antes su ejecución. El delito, intentar vender un poco de harina y dos hogazas pan.

Ascensión recuerda con una lucidez asombrosa el día que acompañó a su hermano de dos años a visitar a su madre a la prisión. Solo dejaban entrar a los pequeños, así que ella tuvo que conformarse con avistar la silueta de su madre a través de las rejas. Su hermano, sin embargo, recibió el cariño de su madre y disfrutó de la merienda con chocolate que ofrecieron a las reclusas y sus hijos. María siempre llevaba el pelo largo recogido en un moño. Por eso, ver a su madre con el pelo corto, causó un fuerte impacto en Ascensión, que todavía hoy recuerda el detalle amargamente.

Tres meses permaneció María en la cárcel; tres meses en los que sus siete niños tuvieron que hacer frente a las dificultades sociales, económicas y políticas de una sociedad que hacía lo posible por recuperarse de los latigazos de la Guerra Civil. Apenas recuerdan detalles de las penurias pasadas durante estos trágicos meses. Quizá porque la memoria, siempre sabia y reflexiva, les haya querido hacer olvidar el recuerdo de un periodo complicado y desdichado. O quizá también, el deseo de su madre de protegerles, su fiel empeño en evitar que el rencor creciese en el corazón de sus pequeños. Por eso, evitó compartir con sus hijos los detalles desafortunados de su estancia en la cárcel, sus sufrimientos y sus añoranzas.

El hambre se cernía sobre la población. Ascensión y una de sus hermanas mayores, Paz, que le acompaña en la entrevista, recuerdan con tristeza las colas diarias en el Auxilio Social esperando recibir patatas, arroz o verduras. Hacen memoria, entre lágrimas, de la etapa en la que vendían bocadillos y glorias en Atocha para llevar dinero a casa.

La precariedad a la que se veía sometida la familia obligó a Ascensión a emplearse en una sastrería de cuero. Tenía catorce años y, cuenta, entre risas, que ganaba dos pesetas al día; catorce a la semana. Del trabajo guarda con cariño la imagen de sus compañeras, las risas, las historias alegres alejadas de los graves problemas que acuciaban a la sociedad de entonces.

Sus labios esbozan una sonrisa tímida y limpia cuando se le pregunta por su marido, al que, por cierto, también conoció en el trabajo. De su noviazgo recuerda que se divertían yendo al cine y al teatro, que paseaban por la capital y que debían estar en casa a las nueve de la noche para no enfadar a su madre.

Ascensión Mendieta se casó con Francisco Vargas. Se dieron el sí quiero en la pequeña iglesia del Santo Ángel de Madrid. Llevaba un vestido elegante, sencillo, discreto y blanco. El banquete, todo un festín: galletas y limonada. Las dos hermanas ríen al evocar la escena. En el caso de Paz, la fiesta resultó aún más sabrosa; comieron bocadillos de jamón y queso. Los invitados, familiares y amigos, les agasajaron con



regalos de todo tipo: tazas, cubos, lámparas, jarras... Francisco y Ascensión tuvieron cuatro hijos, dos niños y dos mellizas.

Nuestra protagonista tiene ahora ochenta años. Ha sido hija, esposa y madre. Pero ahora es, sobre todo, abuela. Afirma, sonriente, sentirse intrigada por ver crecer a sus nietos. Asunción Mendieta es hoy una mujer feliz, en paz, que ha sabido perdonar y que sabe disfrutar de cada detalle de la vida como solo lo saben hacer quienes alguna vez han visto tambalear los cimientos de su existencia.

La sombra de la muerte injustificada de su padre le ha perseguido a lo largo de toda su vida pero, lejos de vivir inmersa en sus recuerdos, Ascensión mira al futuro con esperanza. Ahora, su risa, ridiculiza cualquier adversidad.

Lo importante de la vida

La mirada de Ascensión es una mirada limpia y entrañable que esconde tras de sí una vida llena de conflictos y dramas. La muerte inexplicable de su padre aquel 15 de noviembre de 1939 marcaría su existencia y la de sus hermanos para siempre. Ya se sabe que las barbaries cometidas en una guerra, aún más si los que se enfrentan son vecinos, provocan cicatrices que difícilmente pueden sanar.

La vida no ha sido para Ascensión un jardín de flores. Ha sido, sobre todo, una vida de espinas marcada por las dificultades. Los niños acaban siendo las verdaderas víctimas de todos los conflictos armados. Ascensión tenía doce años cuando le arrebataron el cariño de su padre.

Su muerte les condenó irremediablemente a una espiral de miseria y penurias de las que no lograrían escapar en años. El encarcelamiento de su madre obligó a siete niños a vivir tres meses inmersos en la más absoluta soledad. Esta cruenta Guerra Civil les despojó de su regalo más preciado, la infancia, la inocencia, la felicidad. Se cuidaron los unos a los otros. Trabajaron para sacar a los pequeños adelante. Pasaron hambre y penas. Dejaron de ir a la escuela.

Afortunadamente, los tiempos pasados no siempre fueron mejores. La pintura, los largos paseos, la natación y los viajes ocupan hoy la agenda de esta jubilada de ochenta años que afirma ser feliz, vivir mejor que nunca y saber saborear cada instante de la vida. Disfruta de la familia, del encuentro con sus nietos, a quienes no duda en acercar las raíces de su historia.

Y es que la vida le ha dado motivos de sobra para sentirse derrotada. Pero Ascensión, con la sabiduría que solo los años otorgan, ha sabido comprender que no merece la pena volver a abrir las heridas, que basta con no olvidar a quienes lucharon, perdieron seres queridos, sufrieron las cárceles y todo tipo de vejaciones. Porque en las guerras no gana nadie, todos perdemos.

Nuestra protagonista sabe bien que es importante agradecer lo que tenemos, lo grande y lo pequeño. Es importante agradecer a la vida los tropiezos y sufrimientos porque también ellos están cargados de enseñanzas y gozos. Como dijo alguien, el secreto de la felicidad no está en obtener lo que anhelamos sino en amar lo que tenemos. Y es que perdonar es el valor de los valientes. Solo quien es lo suficientemente fuerte para perdonar una ofensa, es capaz de mar.



Y aquí descansa la grandeza de esta pequeña gran mujer que afirma sin vacilo que "LA VIDA MERECE LA PENA".

